

de Anselmo. El humilde abad, que estaba presente, mudó de color espantado, y se resistió con todas sus fuerzas á los que le querian presentar al rey para recibir la investidura. Los obispos le suplicaban diciéndole: « Estais viendo perdida la religion » en Inglaterra: vos solo podeis remediar á tantos males, ¿ y os resistís? » Anselmo se mantuvo invariable: todos los asistentes se echan á sus piés, y hasta el mismo rey moribundo exclamaba: « Anselmo, ¿ porqué me envais al infierno? Yo sé que pierdo mi alma si guardo este arzobispado! » El santo se oponia invencible; mas por fin los obispos le agarran por fuerza, y le llevan casi á rastra al lecho real. Guillermo le presenta el báculo pastoral; mas Anselmo cierra la mano, los obispos se la abren, y es proclamado arzobispo de Cantorbery. Pero Anselmo, aprovechando un momento de libertad, se acerca al monarca y le dice: « Príncipe, os declaro que no moriréis de esta enfermedad; y os conjuro anuleis cuanto acaba de hacerse aquí, porque ni lo apruebo ni lo aprobaré nunca. » A pesar de estas protestas, los obispos le condujeron procesionalmente á la catedral de Cantorbery (año 1093). « ¿ Qué haceis? exclamaba llorando Anselmo; quereis ayuntar » en un mismo yugo á un toro indómito y á una débil oveja. » El toro despedazará la oveja; y cuando el rey me haya abrumado con el peso de su cólera, ninguno de vosotros se atreverá á oponérsele. »

7. No tardó en cumplirse la profecía. « Si he de aceptar, » resignándome, el arzobispado de Cantorbery, habia ya dicho » al rey, quiero que sepais lo que pretendo de vos. Yo exigiré » que devolvais á esta iglesia las tierras que poseia en tiempo » de Lanfranco. Yo os prevengo, además, que reconozco la » obediencia del papa Urbano II, á la cual habeis negado hasta » ahora vuestra adhesion. Decidme vuestra intencion acerca de » estos dos puntos. » Guillermo el Rojo prometió darle cabal satisfaccion, y Anselmo, cediendo al voto universal, consintió en ser consagrado, como lo fué el 4 de diciembre de 1093. Mas no duró mucho tiempo la buena inteligencia entre ambos. San Anselmo habiendo anunciado al rey su intencion de

ir á recibir el palio del papa: « ¿ De qué papa? dijo Guillermo. — Del papa Urbano II. — Aun no me he decidido, » repuso el rey, entre las dos obediencias de Urbano ó de Clemente. No permitiré que se reconozca en Inglaterra un papa » sin mi permiso; y el que osare poner en duda este mi derecho, será mirado como reo de lesa majestad. » Fué convocado un concilio en Rockingham en 1095 para la cuestion de las obediencias. Gran número de obispos cortesanos solicitaban de Anselmo abandonase el partido de Urbano II para entrar en gracia del rey. « En las cosas de Dios, respondió el heróico » arzobispo, yo daré obediencia al vicario de san Pedro, y » este es Urbano II, quien posee legítimamente este título. Por » lo que toca á la dignidad temporal del rey, mi señor, yo le » daré en todo tiempo consejo y auxilio segun mi capacidad. » Guillermo el Rojo no podia comprimir su ira, y exigió de los obispos juramento de no comunicar con Anselmo. Los prelados, intimidados, le hicieron esta solemne promesa. « Y yo, » exclamó el arzobispo, os consideraré siempre como mis hermanos é hijos de la iglesia de Cantorbery; y haré lo posible » para sacaros del error. » Los grandes, intimados de renunciar á la obediencia de Anselmo, respondieron: « No somos vassallos suyos, ni tiene sobre nosotros alto dominio temporal; » pero es nuestro arzobispo, y como cristianos, debemos serle » sumisos. » Entretanto, Guillermo el Rojo hizo partir para Roma secretamente dos clérigos, encargados de darle cuenta del estado de los ánimos, para que hecho cargo de lo que allí pasaba, pudiese con conocimiento de causa decidirse en la cuestion de la obediencia. Los enviados no tuvieron gran trabajo en convencerse que el papa legítimo era Urbano II: le reconocieron pues como tal, y el soberano pontífice les hizo acompañar á su vuelta de un legado apostólico, Gauthier, obispo de Albano, el cual habia de remitir al rey el palio destinado al arzobispo de Cantorbery. El legado, hábil político, trató de ganarse la confianza de Guillermo, el cual en efecto hizo publicar en su reino la orden de reconocer á Urbano II como papa legítimo. El rey se prometia con esto ganar al le-

gado apostólico, y lograr de él la deposición de san Anselmo; y aun, con este objeto, le ofreció sumas considerables para el papa, como donativo para ayuda de sus gastos de guerra con el antipapa, etc. Pero Gauthier se mostró inflexible. Solo si ofreció su mediación para reconciliar públicamente al rey con el arzobispo. Aquel exigía que cuando menos consintiese Anselmo en recibir el palio de su mano; pero el santo respondió: « El palio no es un don del rey, sino una gracia de la » Santa Sede; y yo no debo recibirlo sino de manos del representante del papa. » Cedió Guillermo, y san Anselmo recibió el palio del legado. Muy poco duró la nueva paz jurada. Guillermo el Rojo, para rescatar el ducado de Normandía de manos de su hermano Roberto, que lo vendía para irse á la nueva cruzada, sacó sumas enormes de todas las iglesias del reino. Robaba sus bienes, alhajas, plata, fundía hasta los relicarios de plata, ornamentos y demás de oro y plata. San Anselmo, desesperanzado de triunfar solo de la rapacidad del monarca, anunció la resolución de ir á Roma para consultar con el papa. A esta noticia, le envió á decir Guillermo: « Cuando vuestra reconciliación con el rey, en Rockingham, prometisteis guardar » las leyes y usos del reino. Ahora bien, es absolutamente » contrario á estas leyes que un señor inglés vaya á Roma sin » permiso del rey. — No permita Dios, repuso el arzobispo, » que un cristiano guarde leyes ó costumbres contrarias á las » leyes divinas. Decís que es contra costumbre de Inglaterra » que yo vaya á consultar con el vicario de san Pedro lo conveniente á la salvación de mi alma y al gobierno de mi iglesia. » Mas yo os declaro que esta costumbre es contraria á la ley » de Dios y á la recta razón. Todo cristiano debe tenerla por » nula. » El rey se vió obligado á ceder; y en una entrevista el arzobispo le dió su bendición, y se separaron ambos para no volverse á ver mas. San Anselmo tomó el camino de Francia, visitó á san Hugo en Cluny, y por todo su tránsito recibió los honores debidos á su virtud.

8. No solo daba muestras de celo apostólico san Anselmo en su lucha contra el rey de Inglaterra, sino que al propio

tiempo se hacia famoso por su polémica religiosa, que tanto eco tuvo en los siglos xi y xii. La contienda del *nominalismo* y *realismo* acababa de propagarse con grande animación en las luchas literarias. Un doctor breton, Roscelino, canónigo regular de Compiègne, llamaba la atención pública sobre una cuestión de filosofía especulativa que hoy día pareciera vana é indiferente, pero que entonces dividía todos los ingenios. Bajo el nombre de *universales* se entendía entonces las ideas generales, de especies, géneros y relaciones. Roscelino enseñaba que estas ideas generales no tenían sustancia real, ó realidad sustancial; que los géneros, especies y relaciones eran voces que denotaban diversas modificaciones del *ser*, pero que no correspondían á ningun ser ó realidad distinta: y sus partidarios se llamaron *Nominales*. Los adversarios de Roscelino, al contrario, sostenían que los términos genéricos ó universales correspondían muy realmente á existencias distintas, á verdaderas realidades. Mucho se enardeció la contienda por ambas partes, y esta discusión no hubiera pasado de los umbrales de la escuela si Roscelino, arrebatado del fuego de la polémica, no hubiese tocado al fondo de la teología en sus investigaciones y dado lugar á una nueva herejía. Negando la realidad de las ideas generales, ó de los *universales*, afirmaba que todos los individuos tenían una existencia sustancial y distinta. Aplicó esta teoría al misterio de la santísima Trinidad, y sostuvo que las tres personas divinas tienen una existencia real, individual é independiente una de otra. Esto era destruir radicalmente el misterio y sustituir al paganismo idólatrico un paganismo cristiano, admitiendo tres dioses. Entonces se vió obligada la Iglesia á intervenir en un debate que tan abiertamente atacaba el dogma católico. El concilio de Soissons de 1092 condenó á Roscelino, el cual pareció someterse de buena fe, y firmó una completa retractación de su error; mas esto era una pura ficción. Refugiado en Inglaterra principió á dogmatizar su error con mayor delirio; pero Dios le tenía preparado un san Anselmo.

9. El ilustre arzobispo de Cantorbery emprendió una refu-

tacion explicita del sistema de Roscelino. Elevando á su verdadera altura el debate, fijó los límites de la razon en materias de fe, y recordando las sanas tradiciones de Símaco y de Boecio, que habian sido los últimos representantes de la filosofía cristiana, hizo ver el mal que habia producido el desviarse de ellas. En los *Nominales* no vió sino sectarios orgullosos que quieren sobreponer la razon humana á la teología, á la fe. Sus tratados de la *Trinidad*, de la *Encarnacion*, de la *Fe* defienden el dogma católico contra las erróneas interpretaciones de Roscelino. En todo subordina la razon á la fe: saca de los santos Padres, san Agustín, Tertuliano, Clemente Alejandro, etc., textos decisivos, y se esfuerza en probar con la mayor concision, lógica y claridad la alianza de la razon y de la fe: « Si por una parte es necesario, dice, que la fe vaya » delante en los racionios acerca del cristianismo, por otra » seríamos reos de culpable negligencia si despues que estamos ya confirmados en la fe, no aplicásemos nuestra razon » á comprender lo que es objeto de nuestra fe. » San Anselmo ya habia practicado por sí lo que recomienda á los otros en sus dos obras célebres el *Monologio* y el *Proslogio*. Con las solas luces de la razon, y apoyándose exclusivamente en pruebas filosóficas, llega á concluir y deducir la verdad de la *existencia de un Dios* único, soberanamente perfecto, criador, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para cuyo conocimiento y amor ha sido criada el alma, imágen de Dios. Estas materias, las mas espinosas de la teología, las trata san Anselmo con tal maestría que le merecen un puesto muy esclarecido, no solo entre los santos Padres y doctores de la Iglesia, sino entre los filósofos mas profundos y metafísicos.

10. Mientras estas discusiones agitaban algunos espíritus en diverso sentido, el grito de *Dios lo quiere, Dios lo manda!* resonaba con eco universal por toda la Europa cristiana, dominaba todas las pasiones, todos los intereses, conmovia á todo el Occidente y le echaba armado á las playas del Asia, á los campos de la Palestina, en torno del sepulcro del Salvador. Llegó en fin la era de las cruzadas. Durante dos siglos (desde

1095 hasta 1270) vamos á presenciar el maravilloso espectáculo de un mundo entero, de una sociedad nueva ardiendo en fe y entusiasmo y marchando á expediciones lejanas. Se ha preguntado algunas veces si las cruzadas han sido guerras justas y sobre todo útiles: los escritores del siglo anterior se pronuncian por la negativa. « Las cruzadas, dicen, han sido un vuelo » del fanatismo y supersticion: han sido una agresion injusta » contra pueblos inofensivos; tuvieron resultados deplorables, » arruinaron las poblaciones del Occidente y dejaron en pos de » ellas una larga serie de calamidades. » Pero despues la ciencia histórica ha entrado en un sistema mas verdadero. A medida que se estudia mas el espíritu de la edad media, los doctos han abandonado sucesivamente las preocupaciones hostiles de la filosofía moderna. La verdad, justificada hoy por tantos hombres de mérito, es que las cruzadas fueron guerras justas y útiles: justas, porque en la edad media la sociedad cristiana era como una familia cuyos miembros todos eran solidarios. Ahora bien, habiendo el islamismo llegado de victoria en victoria á las puertas de Constantinopla, era imposible que los cristianos se hicieran sordos al grito de alarma y al llamamiento de guerra santa llamados por Alejo Comneno, colocado como en la vanguardia del mundo católico. Sus cartas fueron leídas por Urbano II en el concilio de Plasencia. Estaban vivos los recuerdos de la invasion de los Moros en España, y de las incursiones de los Sarracenos en Italia: no habia necesidad de subir hasta los tiempos de Abderrahman para ser testigos de la agresion de los hijos de Mahomet con los discípulos de Cristo. Las cruzadas fueron la reaccion del catolicismo de Occidente contra los incesantes ataques, agresiones injustas y simultáneas del islamismo. La Europa entera se hizo aliada del imperio de Constantinopla; los cruzados fueron los soldados de la civilizacion, é hicieron triunfar su causa en los campos del Asia. Gracias á sus esfuerzos, el Occidente no tuvo que sufrir el afrentoso yugo del mahometismo, el envilecimiento de la mujer [el embrutecimiento del pueblo], la abolicion de la familia [y la organizacion sistemática del vicio, de la

indolencia, de la rapacidad y sensualismo]. Solo este resultado sobraba para justificación de las cruzadas. Pero las venturosas consecuencias que tuvieron para la Europa en particular, nos suministrarían pruebas sobreabundantes. A favor del inmenso movimiento que imprimieron, los tiranos cesaron de infestar á su patria: el ardor guerrero, resto de sangre bárbara que nada podía extinguir ni moderar en el seno de las naciones europeas, ese ardor fanático que se resistía á los esfuerzos reiterados de la Iglesia, pues la *Tregua de Dios* y la *Paz de Dios* solo eran vanos paliativos, halló un alimento justo en estas guerras santas, donde la sangre de mil héroes iba á ser derramada por la causa de Cristo. Las cruzadas volvieron aquellos instintos belicosos contra enemigos usurpadores de un país cristiano [perteneciente á la Europa y á la Iglesia], que despues de cinco siglos estaban oprimiendo y persiguiendo á hombres que nuestros antepasados miraban con razon como hermanos. [Esta *solidaridad cristiana* que tendia á entrelazar y hermanar las naciones cristianas que vivian de una misma fe, era algo mas sublime, justa y necesaria que el decantado moderno *equilibrio europeo*.]

11. Un pobre ermitaño de Amiens, cuyo rostro mismo denotaba santidad y austeridad, vestido de pardo sayal, andando siempre descalzo, Pedro el Ermitaño, contribuyó á que su nombre se pusiera al frente del movimiento general del mundo. Habia ido en peregrinacion á Jerusalem: habia visto la mezquita levantada por los hijos del Profeta en el mismo sitio del templo de Salomon; se llenó su corazon de indignacion noble al ver el sepulcro del Salvador hecho caballeriza del emir. Habia dotado el Señor á Pedro el Ermitaño de una elocuencia de fuego capaz de conmover y exaltar á cuantos oyeren su palabra. Al dejar la ciudad santa, prometió al venerable patriarca Simeon que le enviaria defensores armados: cumplió su palabra. Llevó al papa Urbano II una carta de Simeon, y el pontífice habia ya recibido de Alejo Comneno reiteradas peticiones de socorro: por lo cual convocó para el 18 de noviembre de 1095 un concilio en Clermont de Auvernia. Catorce arzobispos,

doscientos veinticinco obispos, noventa abades, y embajadores de casi todos los príncipes cristianos, y muchedumbre infinita de señores y guerreros acudieron á dicho concilio. Ninguna iglesia de Clermont, aunque las habia muy vastas, no podia contener tanta gente, y se levantó en medio de una grande plaza un trono. Urbano II subió á él con sus cardenales. Francés de nacimiento, el papa contaba con el celo y heroismo de los Franceses para el buen éxito de esta grande empresa. Una ráfaga de entusiasmo enardeció á la noble muchedumbre cuando se vió al lado del soberano pontífice el rostro expresivo y pálido de Pedro el Ermitaño, vestido con manto de lana parda y en la mano un báculo de peregrino. El elocuente solitario tomó la palabra el primero: contó como testigo de vista las profanaciones y sacrilegios en la Ciudad santa; las persecuciones á que estaban de continuo expuestos los peregrinos de parte de los *hijos de Agar* (los Sarracenos). « Yo he visto, decia, cristianos encadenados, llevados á la esclavitud, atados como » caballerías á un yugo ó llevando cargas cinchados como unas » bestias! Yo he visto los opresores de Jerusalem vender á los » hijos de Cristo el permiso de saludar á lo lejos el sepulcro » de su Dios; disputarles el pan de su pobreza, y hasta torturar la miseria misma con insoportables tributos! He visto á » los ministros del Altísimo arrancados del santuario, apaleados con varas y látigos, condenados á muerte afrentosa! » Al referir las desgracias de Sion y los ultrajes hechos al nombre cristiano, Pedro el Ermitaño tenia el rostro abatido y su continente lloroso y consternado: su voz era cortada muchas veces con sollozos que no podia comprimir; su viva y patética emocion se comunicó como fuego eléctrico á todos los circunstancias. Cuando hubo acabado de hablar, se levantó Urbano II: « Guerreros que me escuchais, dijo, vosotros que andais bus- » cando sin cesar vanos pretextos de guerra, regocijaos en fin, » porque se os ofrece en la ocasion presente el motivo mas » justo de una guerra legitima. Es llegado el momento de ex- » piar tantas violencias cometidas en el seno de la paz, tantas » victorias manchadas con injusticias. Asestad contra el ene-

» migo del nombre cristiano los tiros con que os herís unos á
 » otros. Vosotros, que tan frecuentemente habeis sido terror
 » de vuestros conciudadanos y que vendiais con vil salario
 » vuestro brazo á la venganza de otro, salid, armados con la
 » espada de los Macabeos, á defender la casa de Israel. Sol-
 » dados hasta ahora del infierno, haceos ya soldados de Dios!
 » No se trata de vengar injurias de hombres, sino las hechas
 » al Señor de los ejércitos. Si triunfais, serán vuestro juez las
 » bendiciones del cielo y los reinos del Asia; si sucumbís, ten-
 » dréis la gloria de morir en los mismos lugares donde vivió
 » y murió Jesucristo, y Dios no olvidará, no, que os ha visto
 » alistados en su milicia santa. Tomamos bajo la protección de
 » la Iglesia y de los apóstoles san Pedro y san Pablo á cuantos
 » se empeñaren en esta noble empresa: y mandamos que en
 » su ausencia sean respetadas sus familias, bienes y derechos.
 » ¡Soldados del Dios vivo! no os retenga en vuestros hogares
 » ninguna pasión cobarde, ningún sentimiento profano! No
 » escuchéis ahora sino los gemidos de Sion; romped todos los
 » lazos de la tierra; acordaos de lo que dice el Señor: *El que*
 » *dejare su casa, padre, madre, esposa, hijos, bienes, por mi*
 » *nombre, será recompensado al céntuplo y poseerá la vida*
 » *eterna.* » A estas palabras del supremo pontífice, la asam-
 » blea entera se levantó espontáneamente y en su lenguaje aun
 » semibárbaro exclamó transportada de entusiasmo: « *Diex el*
 » *volt! Diex el volt!* ¡Dios lo manda! Dios lo quiere! » El eco
 » de estas aclamaciones traspasando los montañas de la Au-
 » vernia recorrió con la velocidad del fuego la Europa entera.
 » El papa, elevando sus ojos al cielo, hizo seña de silencio, y
 » exclamó: « Que estas palabras *Dios lo manda, Dios lo quiere,*
 » sean en adelante vuestro grito de guerra, y anuncien por do
 » quiera la presencia del Dios de los ejércitos. Sea la cruz la
 » bandera de vuestra peregrinación; llevadla ante vuestros
 » pechos; brille en vuestras armas y estandartes: ella será
 » para vosotros prenda de victoria, ó palma de martirio: os
 » recordará incesantemente que Jesucristo ha muerto en ella
 » por vosotros y que vosotros debeis morir por Él. »

12. Estaba dado el impulso: príncipes, nobles, pueblos, señores, hombres de armas, todos, todos tomaron la cruz. « Todos tenían muchos pecados que expiar, dice Montesquieu; » se les propuso expiarlos con las armas en la mano; y toma-
 » ron la cruz y las armas. » Hasta los ladrones y malhechores dejaban sus guaridas; iban á confesarse y hacer penitencia de sus pecados, y prometían, tomando una cruz, ir á expiarlos en la Palestina (1). Enfervorizadas con el primer entusiasmo, numerosas bandas se pusieron en marcha bajo el mando del mismo Pedro el Ermitaño, de Gauthier Sans-Avoir, caballero borgoñés, y del sacerdote alemán Gothescalco. Pero, víctimas de su indisciplina, fueron á sembrar inútilmente de sus huesos el suelo de la Hungría y de la Bulgaria. La verdadera cruzada, la cruzada seria se organizó en diversos cuerpos bajo el mando de los mas ilustres príncipes de la cristiandad. Hugo el Grande, conde del Vermandois, hermano de Felipe I; Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena; Balduino y Eustaquio, sus hermanos; Roberto, duque de Normandía (2), hermano de Guillermo el Rojo; Raimundo, conde de Tolosa, que ya se habia batido victoriosamente contra los Moros de España; Bohemundo, príncipe de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, y su sobrino el caballeroso Tancredo; Roberto II, conde de Flandes, llamado luego el Jerosolimitano; Estéban, conde de Chartres y de Blois, etc., etc. El obispo del Puy, Adhemar de Monteil, piadoso autor del *Salve Regina*, fué designado como legado de la Santa Sede para jefe espiritual de todo el ejército. « Las puertas de los Latinos se abrieron, » segun expresión de un cronista del tiempo, y salieron innu-
 » merables ejércitos del Occidente. » Seiscientos mil cruzados se hallaron reunidos bajo los muros de Constantinopla. El emperador Alejo tembló ante este diluvio de defensores. « Si » alguno deseara saber el número de los cruzados, decia la » princesa imperial Ana Comnena, historiadora de su padre,

(1) Michaud, *Historia de las Cruzadas*.

(2) Llamado Courte-Cuisse ó Courte-Heuze.